



La inspectora Amaia Salazar, una víctima que sufre trastorno por estrés postraumático

Police inspector Amaia Salazar, a victim who suffers from PTSD.

Recibido: 05-09-2024 Aceptado: 09-10-2025 Publicado: 14-05-2026

Emilio Ramón García

Universidad Católica de Valencia
emilio.ramon@ucv.es

 0000-0002-6658-0728

Resumen: El trauma de la inspectora Salazar presenta diferencias respecto a las secuelas emocionales de otras investigadoras famosas anteriores a ella. Partiendo de estudios de psiquiatría y de victimología, el objetivo del artículo es, por una parte, analizar el papel que juegan el maltrato infantil y la investigación de los crímenes y rituales de una secta satánica en despertar su red de miedos hasta el punto de amenazar su estabilidad psicológica y, por otra parte, mostrar cómo desde su condición de víctima consigue recuperar su capacidad de sentirse capaz de sentirse válida, rehacer su resiliencia y recuperar su equilibrio mental gracias al reconocimiento y a los anclajes psicológicos que importan en su vida.

Palabras claves: ficción criminal- Dolores Redondo- maltrato infantil- trastorno por estrés postraumático- resiliencia- victimología.

Abstract: Inspector Salazar's trauma presents differences with those suffered by other famous investigators prior to her. This article explores the role of victimology and PTSD in inspector Salazar's performance. I contend that she is haunted by her memories of child maltreatment and those, along with the crimes she investigates, trigger a number of fear networks which put her in a very fragile mental state and endangering her life. The article focuses on the clinical aspects of her PTSD symptoms, what triggered them and how she starts recovering her agency once she can pull up her resilience and bounce back personally and professionally thanks to the psychological anchors in her life.

Keywords: Crime Fiction- Dolores Redondo- Child Maltreatment- Post Traumatic Stress Disorder- Resilience- Victimology.

Citación: Ramón. E. (2026). La inspectora Amaia Salazar, una víctima que sufre trastorno por estrés postraumático. *Logos: Revista de Lingüística, Filosofía y Literatura*, 36 (1), 16-28 doi.org/10.15443/RL3629.



Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 4.0

Introducción

Amaia Salazar, protagonista de *El guardián invisible* (2013), *Legado en los huesos* (2013), *Ofrenda a la tormenta* (2014) y *La cara norte del corazón* (2014), no es una inspectora cualquiera. Sus novelas han sido traducidas a 36 lenguas, siendo las dos primeras finalistas de los prestigiosos *Dagger Awards* y la cuarta galardonada con el *Grand Prix des Lectrices - Policiers* de *Elle* (2021). Su trilogía del Baztán fue llevada al cine, las dos últimas películas con participación de Netflix; ha sido también adaptada al cómic de la mano de Ernest Sala; y la novela del 2014, precuela de la trilogía, tendrá su propia serie de televisión gracias a la productora Heyday Films, parte de NBC Universal International Studios, y conocida por producir todas las películas de Harry Potter. Amaia Salazar supera muchos de los tópicos de las mujeres policía presentes en novelas de décadas anteriores (Ramón García, 2022), y aparece como una agente estrella que, gracias a la labor profesional del equipo del que se rodea, logra resolver todos los crímenes. Pero, sobre todo, Amaia Salazar es una víctima.

Su pasado es traumático y, en la manera típica de las novelas de Dolores Redondo de presentar una narrativa dual, Amaia se enfrenta a los traumas de su infancia mientras investiga los crímenes cometidos, lo cual la pone en situaciones psicológicamente extremas que la llevan al límite afectando a su vida personal y profesional. No obstante, su caso es diferente al de las mujeres investigadoras de las autoras que renovaron el género en los años ochenta y noventa del siglo pasado como Marcia Muller, Sue Grafton, Sara Paretsky, Linda Grant, o Sandra Scoppettone (Dilley, 1998). Al contrario de lo que ocurre con estas investigadoras, ni el trauma proviene de que su familia esté muerta, ni Amaia se ha criado con alguien que no la cuidase y protegiese con cariño, ni tampoco rehúye al matrimonio ni a los hijos. También es diferente a otras famosas investigadoras como la detective Warshawski o la detective Millhone (Dilley, 1998, p. 25) en su manera de afrontarlo. La dolencia psíquica que presenta la inspectora Amaia Salazar es un caso típico de psicología traumatizada que se va agudizando a lo largo de su saga y que está a punto de romper su psique. Lo que le sirvió en su momento para hacerse una mujer fuerte, algo en común con las investigadoras antes mencionadas, está a punto de acabar con su vida personal y profesional. El objetivo del presente trabajo es analizar, desde el punto de vista de los estudios sobre traumas y sobre victimología, la psique de la inspectora Salazar y lo que supone para su vida personal y profesional.

De víctimas, traumas y procesos psicológicos

Si bien es bastante común encontrar investigadores atormentados por sus fantasmas del pasado, resulta curioso comprobar cómo los estudios académicos suelen dejar pasar la oportunidad de analizar el papel del trauma en la ficción criminal pese a la perspectiva única que este proporciona (Hamilton, 2020, p. 318). Según se desprende de los estudios clásicos sobre el trauma de Cathy Caruth “Unclaimed Experience: Trauma and the Possibility of History” (1991), de Shoshana Felman & Dori Laub *Testimony* (1992) y de Judith Lewis Herman *Trauma and Recovery* (2015), las personas que han experimentado alguna situación traumática suelen sentir cierto grado de incompreensión ante lo ocurrido, encontrarse desorientados e incluso imposibilitados para recordar con precisión lo sucedido, pues sus recuerdos se hallan fragmentados. Para Caruth, “In its most general definition, trauma describes an overwhelming experience of sudden, or catastrophic events, in which the response to the event occurs in the often delayed, and uncontrolled repetitive occurrence of hallucinations and other intrusive phenomena” (1991, p. 181). Considerada una de las definiciones más aceptadas por la comunidad científica, resulta significativa la repetición de alucinaciones y otros fenómenos intrusivos en la vida de quienes han sufrido el trauma como una de sus principales características. Y esto ocurre tanto en las personas traumatizadas que desean recordar como en aquellas que han procurado olvidar lo ocurrido, pues en los casos de amnesia forzada los recuerdos reprimidos acaban, inevitablemente, volviendo de una u otra forma (Walklate, 2018, p. 4). De hecho, estos recuerdos y/o alucinaciones pueden llegar a ser tan disruptivos que quien los padece podría perder el control de lo que le rodea. Por este motivo, señala Judith Herman, resulta imprescindible verbalizar las experiencias traumáticas para conseguir superarlas. Sólo de esta manera se puede pasar de tener fragmentos inconexos en la

memoria, que llegan a resultar paralizantes, a tomar el control de la narrativa de lo ocurrido y, con el tiempo, evitar que el trauma se convierta en el motor de la vida de la víctima. Sólo a base de verbalizar la experiencia traumática, por muy fragmentada que esta se le aparezca a la víctima, tantas veces como sea necesario será posible llegar a un momento en el que ponerlo en palabras ya no suponga una fuente de ansiedad para la víctima (Herman, 2015, p. 177). Para Herman, esta es la única manera en que la víctima puede hacerse con el control de su propia historia y, así, renovar la esperanza y la energía necesarias para afrontar la vida (Herman, 2015, p. 195).

A la hora de aplicar los estudios clínicos sobre el trauma a la ficción criminal, el recuerdo de las experiencias traumáticas adquiere tal protagonismo que Edkins lo denomina “trauma time”. Esta recuperación de los recuerdos, si bien desestabiliza la linealidad de la narración de la investigación, es necesaria para entender dicha historia lineal (Edkins, 2003, p. 16). Se crea así una dualidad en la narración que, por una parte, es una característica típica en la ficción de Dolores Redondo y que, además, replica al modelo de ficción criminal propuesto por Todorov, según el cual la historia del crimen ocupa un tiempo, generalmente pasado, mientras que la narración de la investigación suele desarrollarse en el presente (1977, p. 42). En este orden de cosas, apunta Hamilton, la historia de detección suele consistir en recuperar las evidencias fragmentadas del pasado y dotarlas de una coherencia narrativa lineal que permita el cierre mediante la asignación de responsabilidad (2020, p. 319), lo cual se asemeja al proceso de verbalización del trauma por parte de la víctima para procurar superarlo.

La posición que adopta la víctima de un trauma ante este también tiene implicaciones en la ficción, pues esta puede jugar un papel exclusivamente pasivo o, por el contrario, convertirse en un agente de cambio social en potencia (Edkins, 2003, p. 16). Esto ocurre sobre todo cuando el trauma abarca una amplia dimensión social, haciendo necesario algo más que una terapia clínica para que la persona se recupere. Si el trauma ha tenido lugar como resultado de una acción o inacción proveniente de las personas o instituciones que se suponen han de protegernos y proporcionarnos seguridad, la reacción por parte de las personas afectadas suele ser de rebelión, pues se sienten traicionadas (Edkins, 2003, p. 4). Por este motivo, señala John G. Cawelti, cuando la investigación del crimen dirige su atención hacia los poderosos y las instituciones respetables de la sociedad y acaba exponiendo casos de corrupción y de relaciones entre “the pillars of the community and the criminal underground” (1976, p. 148–149) nos encontramos con una de las claves de la ficción criminal, especialmente de la del modelo *hard-boiled*, pues sirve de termómetro de la situación sociopolítica de esa comunidad (Craig-Odders, 2011, p. 2). Las experiencias traumáticas, por tanto, pueden resultar reveladoras al dejar al descubierto las mentiras y corrupciones cubiertas bajo una apariencia de convención social comúnmente aceptada (Edkins, 2003, p. 5).

El principal problema con el que nos podemos encontrar en estos casos ocurre cuando quienes están detrás de las causas de la experiencia traumática tienen la capacidad de dominar el discurso de lo ocurrido, es decir, de promover su propia versión de los hechos. En esta situación, apunta Kalí Tal, la experiencia traumática no serviría como catalizador de nada puesto que, si la persona o grupo dominante logra apropiarse del trauma y puede codificarlo en sus propios términos, el statu quo permanecerá sin cambios (1996, p. 7). En este contexto, quienes manejan el discurso de lo ocurrido pueden recurrir a tres estrategias diferentes para desestabilizar, o incluso eliminar, el discurso de la víctima: la desaparición de la persona traumatizada; la medicación de esta, etiquetándola de enferma necesitada de curación; o la mitologización de los hechos, es decir, su reescritura, hasta que los acontecimientos son recodificados en una nueva narrativa que reemplaza a la de lo realmente ocurrido (Tal, 1996, p. 6).

En el caso de que la persona traumatizada sí que pueda controlar su propia narración, la situación tampoco es fácil, pues los recuerdos y las alucinaciones recurrentes vienen formados por préstamos y adaptaciones de diferentes momentos, uniéndolos de diferentes maneras y dando lugar a nuevas

realidades creadas a partir de las viejas que no tienen por qué haber ocurrido en la manera en que son recordadas o soñadas (Rothberg, 2009, p. 5). En estos casos, en vez de ser promotores de cambio, las personas afectadas por el trauma pueden sentirse paralizadas e incapaces de comprender en su totalidad la experiencia vivida (Caruth, 1991, pp. 91–92). Esto puede resultar especialmente significativo cuando la persona traumatizada es el investigador, como ocurre con la inspectora Salazar, puesto que sólo podrá revertir su situación si cuenta con una fuerte red de apoyos.

La inspectora Amaia Salazar encaja dentro del corpus de “investigadoras empoderadas y con agentividad [que] ejercen su profesión dentro del sistema [sin] aparentes conflictos éticos” (Losada Soler, 2019, p. 8), pero su realidad dista mucho de ser ideal. Al comienzo de la trilogía del Baztán, Amaia da muestras de una gran escrupulosidad científica, resultado de su formación en España y de su estancia con el FBI en Quantico, Virginia, y en Nueva Orleans. Su potencial era ya conocido por el encargado del seminario principal en Quantico, el agente especial Aloisius Dupree, desde que la vio por primera vez en una conferencia en Loyola donde ella estudiaba su grado universitario (Redondo, 2019, p. 596). Por ese motivo fue invitada nominalmente al seminario, cuando lo normal es que el FBI simplemente indique el número de plazas invitadas que corresponden a cada cuerpo de policía. Años atrás, Amaia había llegado aquella universidad estadounidense huyendo del trauma de su infancia gracias a la acción benefactora de su tía Engrasi, quien primero la llevó a estudiar fuera del pueblo y, después, fuera del país.

Para su superior en la policía Foral de Navarra, Amaia es la más indicada para investigar los asesinatos ocurridos en el valle del Baztán tanto por el conocimiento que ella tiene de la zona como por su preparación y experiencia (Redondo, 2013a, p. 32), pero el caso es que ella se había pasado media vida huyendo de allí. Para afrontar los fantasmas de su pasado Amaia se refugia en un primer momento en su marido, James, un compañero siempre atento a sus necesidades a escucharla y a apoyarla. Su relación al principio de la trilogía es envidiable y su compañía es “suficiente para exorcizar todos los males del mundo” (Redondo, 2013a, p. 37). No obstante, conforme avanzan las investigaciones, tanto su estado psicológico como su relación con su marido se deterioran, lo cual afectará a su capacidad profesional. Su pasado como víctima cobra cada vez más importancia.

Los recuerdos de su infancia comienzan en la primavera de 1989, cuando cada vez que había un momento de alegría familiar y la pequeña Amaia intentaba participar en el mismo sufría rechazo o violencia verbal por parte de su madre. La narración da cuenta de la ocasión en que Amaia se quiere unir a sus padres bailando al son de la música y su madre se aparta y deja de bailar. El repudio experimentado por la pequeña entra dentro de la definición psiquiátrica de maltrato infantil: “Child maltreatment (CM) consists of abusive or neglectful acts perpetrated by parents or caregivers, having the potential to harm, potentially harm or threaten a child” (Dias et al, 2017, p. 98). Con el paso del tiempo, este maltrato infantil no hace sino empeorar y Amaia recuerda la rapada de pelo que le pegó su madre al día siguiente de su Primera Comunión sin motivo aparente, lo cual la hizo sentir como “un animalillo desconocido. Recordaba la sensación de expolio al palparse la cabeza y las lágrimas hirvientes que le arrasaron los ojos impidiéndole ver más” (Redondo, 2013a, p. 116). El regalo que recibió aquel día tampoco le ayudaba, pues pensaba que su madre le había comprado la cartera más fea del mundo con el único objetivo de ponerla triste.

Conforme pasa el tiempo, el desprecio que nota en su madre se transforma en odio y los recuerdos, cada vez más dolorosos, revelan que la pequeña experimenta verdadero terror hasta el punto de no querer dormir en su propia cama

porque si lo hacía, ella vendría en la noche a observarla con sus ojos negros y fríos y aquel gesto de profundo desprecio en su boca. Aun sin abrir los ojos la percibiría con toda claridad, notaría el odio contenido en la cadencia de su respiración. (Redondo, 2013a, p. 43)

Estos recuerdos recurrentes forman parte de lo que Goodman, Quas y Ogle denominan “fear networks”, una serie de estructuras mentales semánticas/episódicas que almacenan información relacionada con el trauma y que guían tanto la atención como la memoria. Si una persona tiene trastorno de estrés postraumático, estas estructuras o redes del miedo pueden activarse fácilmente, dando lugar a recuerdos intrusivos, como flashbacks (2009, p. 332). Y eso es justamente lo que le ocurre a la inspectora Salazar al haber vuelto al lugar de su infancia. La tensión propia de la investigación de los crímenes, acompañada del rechazo emocional por estar de vuelta en su tierra natal, provoca una cascada de información negativa cargada de emociones estresantes a la que se le suma un déficit de memoria para algunas de las experiencias negativas o traumáticas (Goodman et al., 2009, p. 343).

Uno de sus peores recuerdos es el de su madre amenazándola cada noche con comérsela, por lo que la pequeña Amaia, aterrorizada, buscaba refugio en sus hermanas a la hora de irse a la cama. Su hermana Ros solía apiadarse de ella y la dejaba meterse en su cama, pero “Flora rara vez accedía y si lo hacía era a cambio de su esclavitud el día siguiente” (Redondo, 2013a, p. 44). Cuando no conseguía meterse en la cama de ninguna de sus hermanas, su madre se acercaba y le susurraba al oído “Duerme pequeña zorra. La ama no te comerá hoy” (Redondo, 2013a, p. 44). Según David Vachon, Robert Krueger, Fred Rogossch y Dante Cicchetti, los estudios clínicos demuestran que este tipo de acciones por parte de una madre tienen la misma gravedad que si se tratase de agresiones físicas, llegando a afectar profundamente la psique de la víctima (2015, p. 7). Desgraciadamente para la pequeña, su madre no se contenta con el maltrato psicológico y el día de su cumpleaños la agredió con un rodillo de acero con la intención de matarla, tras lo cual intentó esconder su cuerpo en la harina del obrador familiar. Un acto terrible con reminiscencias clásicas; “un gesto criminal que más que ningún otro, en el imaginario occidental, permanece ligado al nombre de Medea ... el infanticidio” (Cavarero, 2009, p. 51). De haberse consumado, este intento de asesinato hubiese formado parte de las escalofrantes estadísticas de infanticidios que señalan que el sesenta y cuatro por ciento de los homicidios de infantes son perpetrados por sus progenitores, lo cual, desgraciadamente, es más común cuanto más pequeña es la criatura (Johnson y Dawson, 2017, pp. 257-264).

A partir de ese momento, Amaia se va a vivir con su tía Engrasi, el mejor ejemplo de *etxeakoandrea* a lo largo de la trilogía. Según José Miguel de Barandiarán, las *etxeakoandreak*, las “señoras de la casa”, son las encargadas de mantener el debido respeto a las tradiciones vascas, así como de cuidar de todo aquello que tiene relación con lo que el término *etxe* -casa- implica (Barandiarán, 2008, pp. 59-60). De esta manera, la tía Engrasi se erige en el mejor anclaje psicológico para Amaia y el único que se mantiene invariable a lo largo de las cuatro novelas protagonizadas por la inspectora. Pero el mal ya está hecho, y los efectos serán permanentes pues, el maltrato infantil, ya sea a modo de rechazo y desprecio, de abuso o de intento de infanticidio, suele desembocar en depresión, ansiedad y desórdenes psicológicos crónicos que hacen de las víctimas personas realmente vulnerables (van Harmelen et al., 2010, p. 1).

La vuelta a Elizondo, donde la pequeña Amaia había sufrido el trauma que la incitó a huir de allí y alejarse, hace que la inspectora pierda su confianza y se sienta realmente vulnerable, como ella misma admite:

he pasado años intentando esconderme en Pamplona, tengo una placa y una pistola y he evitado venir aquí durante mucho tiempo porque sabía que si volvía me encontrarían. ... El mal me ha obligado a volver, los fantasmas han salido de sus tumbas alentados por mi presencia, y ahora me han encontrado. (Redondo, 2013a, p. 190)

Con el trauma de vuelta en su vida, su única posibilidad es buscar anclajes psicológicos a los que aferrarse: su marido, su tía Engrasi y, en el cuerpo de policía, el subinspector Etxaide. Gracias a estos tres anclajes, la inspectora concluye la primera entrega con una calma interior que hacía años que no

experimentaba, pero las redes del miedo persisten y volverán a activarse, especialmente debido a los tipos de crímenes que se cometen en las dos novelas posteriores.

Al tener que hacerse cargo de investigar un supuesto infanticidio al inicio de la segunda novela, Amaia experimenta todos los efectos propios del Estrés Post-Traumático (PTSD por sus siglas en inglés) asociado a los adultos que sufrieron maltrato infantil (Días et al., 2017, p. 98) y pierde el control a nivel personal y profesional. Como hemos señalado anteriormente, la mayoría de los casos de infanticidios son perpetrados por los padres y, según los estudios de Bette Bottoms y Suzanne Davis, estos son también los principales causantes del maltrato infantil (1997, p. 114). Cuando el maltrato infantil ha sido realizado por parte materna, señalan Michelle Enlow, Michelle Englund y Byron Egeland, esto conlleva una serie de problemas mentales futuros en el adulto que incluyen conductas agresivas, impulsividad, trastornos del estado de ánimo y de ansiedad, trastorno de estrés postraumático, intentos de suicidio y problemas emocionales y de conducta en general (2016, p. 47) que pueden venir acompañados de entumecimiento emocional, alteraciones del sueño, dificultad para concentrarse y exabruptos o respuestas exageradas en determinadas situaciones (Goodman et al., 2009, p. 330); síntomas todos ellos experimentados por la inspectora Salazar en la segunda y tercera entregas de la trilogía y que se van a ir agravando conforme avanzan las narraciones.

Al poco de comenzar *Legado en los huesos*, Amaia admite que “nuevos temores, que eran en realidad tan viejos como el mundo, habían regresado furtivamente, colándose entre sus sueños” (Redondo, 2013b, p. 18). Lo único que le mantiene un poco a flote es su pequeño Ibai, pero resulta a todas luces insuficiente porque

el miedo era un viejo vampiro que se cernía sobre su cama mientras dormía, oculto en las sombras, y que llenaba de horribles presencias sus sueños. [Las cuales habían traído de vuelta] con toda crueldad los terribles hechos que habían marcado para siempre su vida. (Redondo, 2013b, p. 32)

Este tipo de referencias a monstruos de la noche es producto de un creciente problema de depresión y de ansiedad crónica (van Harmelen et al., 2010, p. 2) que se agudizará a medida que los asesinatos, y la presencia de su madre Rosario, van en aumento. Su creciente ansiedad nocturna se verá acompañada, además, de sueños cada vez más perturbadores. Para el agente especial del FBI Dupree, estos sueños no son más que una reacción lógica del subconsciente de una detective que, preocupada por encontrar a un asesino, mantiene a su cerebro ocupado intentando recomponer las piezas del puzzle incluso mientras duerme. Pero, lo cierto, es que han traído de vuelta a “los *gaueko*, todos los fantasmas que habían sido exiliados a otro mundo” (Redondo, 2013b, p. 38) y, conforme avanza la narración, las pesadillas se vuelven cada vez más recurrentes, lo que provoca que Amaia reviva el horror en todas sus acepciones. Según el DLE, el horror es un “sentimiento intenso causado por algo terrible y espantoso” y también una “aversión profunda hacia alguien o algo”. En el caso de Amaia, ambas cosas nacen de la experiencia traumática sufrida a manos de su propia madre, Rosario, lo cual, en palabras de las expertas en victimología Kate Fitz-Gibbon y Sandra Walklate, ha sido fuente de ansiedad para la sociedad desde que en el siglo XIX las leyes de la biogenética presupusieran que el varón blanco caucásico supusiera el culmen del desarrollo evolutivo, mientras que las mujeres sufrían algún tipo de desarrollo detenido. Según esta hipótesis, la figura de la mujer criminal resultaba especialmente problemática, pues la delincuente era vista como un “monstruo”: constituía un retroceso a un tipo de especie anterior y estaba detenida en su desarrollo como miembro de su especie (2018, p. 21). Esta percepción de la mujer criminal como un monstruo se perpetuó en el tiempo incluso cuando las presunciones biogenéticas habían quedado superadas (Fitz-Gibbon y Walklate, 2018, p. 22). De hecho, los estudios de criminología de las décadas de 1950 y 1960, aunque se centraban en cuestiones como factores mentales y/o de personalidad, estabilidad emocional, y/o privación de una educación “adecuada” (Fitz-Gibbon y Walklate, 2018, p. 23), seguían partiendo de la base de que, según el género sexual del individuo, este se encontraba más o menos expuesto a

diferentes modelos de socialización como, por ejemplo, el que toda mujer esté preparada por naturaleza para cuidar de los niños (Fitz-Gibon y Walklate, 2018, p. 23). Estas ideas hacen muy complicado acercarse a la figura de la mujer criminal de otra manera que no sea la de un “monstruo”, algo “deviant from her expected, biologically given, sex role” (Fitz-Gibon y Walklate, 2018, p. 23). Incluso no hace tanto tiempo, en un artículo publicado en 2016 en el diario británico *The Telegraph* titulado “Why Female Violence against Men is Society’s Last Great Taboo”, la figura de la mujer que comete un crimen motu proprio parece fuera de lugar. Tal y como expone el artículo, “it’s time for us to face up an ugly truth: it’s not just men who can be murderers and violent, abusive attackers” (Davies, 2018, p. 116). En esa misma línea, señala Davies, si bien existe una tendencia a transferir la culpa a las madres como perpetradoras indirectas, también se niega la capacidad de las mujeres para infligir violencia directamente (Davies, 2018, p. 116). Y la madre de la inspectora es un claro ejemplo de mujer que ejerce violencia directa, sin paliativos.

Los efectos del trauma infantil de Amaia supusieron para ella un punto de inflexión existencial (Rock, 2018, p. 41) haciendo de ella una persona con un estrés postraumático latente que ha vuelto a despertar presentando todos los síntomas: problemas con el sueño, pesadillas, ansiedad, depresión, agresividad, impulsividad descontrolada (Enlow et al., 2016, p. 48). En la segunda novela, la tía Engrasi, que estudió psicología en París, se hace eco de las teorías de la victimología en la criminología forense según las cuales, el subconsciente del detective procura encontrar el vínculo entre la víctima y su muerte, pues “la elección de la víctima nunca es casual ... Soñar con las víctimas es sólo tener acceso a una visión proyectada de nuestra mente subconsciente” (Redondo, 2013b, p. 40). Pero, en el caso de Amaia, su subconsciente no sólo está proyectando cuestiones relacionadas con los asesinatos investigados, sino con el hecho de que ella mismo estuvo a punto de ser asesinada. Es más, Amaia continúa soñando con niñas, chicas y mujeres asesinadas, docenas de cuerpos “dispuestos a ambos márgenes como el macabro florecimiento de una primavera infernal [cuyas] voces se convirtieron en un grito que se fundió con el que brotaba de su garganta” (Redondo, 2013b, pp. 45-46), pues, aunque no lo recordaba, no fue ella la única agredida por su madre: Rosario llegó a matar a su hermana gemela recién nacida. Los fragmentos de su pasado traumático se hacen cada vez más insistentes en su psique.

Perdió toda su autoconfianza y sumida en un estado de gran agitación mental, cuando Amaia observa desde una sala insonorizada a su madre a través de un espejo de única dirección en el psiquiátrico en el que está recluida, la inspectora queda paralizada por el terror. Pese a la imposibilidad física de que Rosario la viera, Amaia tiene la sensación de que la intuye al igual que “un tiburón que huele la sangre [...], en su rostro se dibujaba una mueca de horrible satisfacción que Amaia llegó a ver sólo de refilón, ya que instintivamente se retiró de la ventana, escondiéndose tras la pared (Redondo, 2013b, p. 376). Perdiendo totalmente el control, la inspectora, presa del pánico, desenfunda su pistola para obligar a que corran las cortinas. Toda su experiencia y su entrenamiento policial quedan anulados por el terror, dando lugar a una reacción desproporcionada, otro de los síntomas anteriormente mencionados. Pese a haberse mostrado una mujer estrictamente científica y racional al comienzo de la trilogía, en estos momentos, en su cabeza, Rosario “[p]resentía la presencia de Amaia aunque no estuviese en la misma habitación, y entonces, lanzaba hacia ella una soga invisible con la que la mantenía sujeta aunque nunca sometida” (Redondo, 2013b, pp. 411-412). El poder que ejerce la agresora incluso pasados los años es otra de las constantes del estrés postraumático sufrido por las víctimas.

Como he comentado anteriormente, dos de los agravantes para las víctimas traumatizadas provienen de que las personas o instituciones que han de procurar el bien de esta sean parte de la agresión y de que el o los agresores se apropien de la narrativa de los hechos. Y eso es lo que ocurre aquí, pues no sólo su madre la traiciona, sino que el doctor que está tratando a Rosario en el psiquiátrico está detrás de una serie de traiciones que la afectan en el plano personal y en el profesional. El doctor Berasategui es el inductor de una serie de asesinatos de mujeres a manos de sus parejas: “un manipulador magistral. ... un maestro de la manipulación con bestias iracundas” (Redondo, 2013b, p. 530). El

psiquiatra, como si de un *tartalo*¹ moderno se tratase, había estado incitando a una serie de personas trastornadas en mayor o menor medida para que cometiesen sus asesinatos, creando así una tupida red de conexiones entre los crímenes. Una red que, a su vez, despierta la red de miedos en la inspectora.

Conforme avanzan las investigaciones se va vislumbrando lo que posteriormente confirma el doctor Sarasola en *Ofrenda a la tormenta*:

la proliferación de grupos y sectas que actúan en todo el territorio [de entre las que destacan aquellas] que se inclinan hacia el extremo máximo de violencia, llegando al asesinato, pero no como negocio, sino como ofrenda o sacrificio al mal. (Redondo, 2014, pp. 335-336)

Como parte de las prácticas rituales propias de los catalogados por Sarasola como grupos D destacan los sacrificios cruentos en los que, apuntan Manuel Delgado y Sarai Martín, “el ser vivo en que se concentra la conexión sagrado-profano debe morir” (2019, p. 173). La violencia desplegada contra edificios religiosos, altares, pilas bautismales, bebés, chicas jóvenes, agentes de policía, enfermeros y exmiembros de la secta que tienen lugar en la trilogía del Baztán forma “parte de un sistema de culto” (Delgado y Martín, 2019, p. 184) cuyo objetivo es exigir al ser sobrenatural a quien van dirigidas “la correspondiente contraprestación en forma de favores, ventajas o protección” (Delgado y Martín, 2019, p. 173). El descubrimiento de que la madre de Amaia, junto a personas como el doctor Berasategui, pertenece a una secta de este tipo pone a la inspectora psicológicamente contra las cuerdas. Especialmente cuando descubre que el psiquiatra ayuda a Rosario a escapar para completar su misión: ofrecer a la criatura de Amaia en sacrificio ritual. Afortunadamente, el hecho de que fuera niño evita el infanticidio, pues, según grita Rosario antes de darse a la fuga, “Tenía que ser una pequeña zorra, tenía que ser el Sacrificio” (Redondo, 2013b, p. 538). Pese a salvar la vida de su hijo, el hecho de que su madre escape por el bosque en medio de una gran tormenta provoca que Amaia ya no encuentre ni un minuto de tranquilidad ni de lucidez.

Cuando Salazar visita al doctor Berasategui en la cárcel, éste, consciente del frágil estado mental en el que ella se encuentra, la desestabiliza aún más recordándole que su madre le decía a ella de pequeña que se la comería tarde o temprano, provocando que Amaia retroceda “a trompicones derribando la silla en la que se había sentado” (Redondo, 2014, p. 59). La reactivación del trauma da lugar a lo que Simon Green y Antony Pemberton describen como síntomas del estrés postraumático: la hiperexcitación, el estrés, la reexperimentación intrusiva y recurrente del evento y los intentos de evitar pensamientos y sentimientos relacionados con el evento que llegan a resultar extremadamente debilitantes (2018, pp. 82-83). A partir de este momento Amaia se encuentra presa de un terror que

no se va, no desaparece, sólo se retira unos pasos atrás hasta un lugar húmedo y oscuro, y se queda ahí, esperando, reducido a poco más que un pequeño LED rojo que puedes ver aunque no quieras, aunque lo niegues, porque de otra forma no se puede vivir. (Redondo, 2014, p. 78)

Amaia se encuentra al borde de la locura desde que descubriera que su madre, como miembro de la secta, había llegado a matar a su hermana gemela nada más nacer. A partir de ese momento, el mal sufrido por ella, a quien no sólo intentó matar de pequeña, sino que la acosaba por las noches y la rechazaba por el día, se suma el sufrido por los suyos y por personas ajenas a ella desde entonces y hasta ahora resultando en un gran todo. La inspectora estrella se diluye mientras que la Amaia víctima y su trauma crecen y ocupan su lugar. En sus sueños ya no aparecen sólo las chicas asesinadas. Ahora sueña con su hermana gemela siguiéndola por el bosque hasta que ésta desaparece y es

¹ Figura de la mitología vasca con un único ojo en la frente que devora seres humanos

sustituida por una docena de hermosas jóvenes que, ataviadas con pieles de cordero que cubrían apenas sus pechos y sus muslos, peinaban sus largas melenas, que casi llegaban a rozar la superficie del agua donde tenían metidos los pies.

—Malditas brujas —susurró Amaia.

Ellas sonrieron mostrándole sus dientes afilados como agujas y golpeando con sus pies de pato la superficie quieta del agua, que burbujeó como si viviese alimentada por un fuego subterráneo.

—Limpia el río —dijeron.

—Lava la ofensa —exigieron. (Redondo, 2014, p. 253)

En realidad, su subconsciente de detective sigue haciendo su labor recomponiendo piezas del puzle, pues las *lamias*² de su pesadilla le dan la pista de por dónde ha de seguir la investigación, pero, llegados a este punto, la inspectora ha perdido totalmente el control.

La gravedad del estado mental de Amaia no resulta ajena para la tía Engrasi, quien le afirma que sus pesadillas y su agresividad son producto “de un trastorno de ansiedad severo” (Redondo, 2014, p. 285). Un tipo de trastorno que viene acompañado de depresión y de una sensación creciente de falta de capacidad para hacer las cosas bien (van Harmelen et al, 2010, p. 8). Todo esto, apuntan diferentes estudios clínicos, provoca tal desajuste emocional en la víctima que puede hacerle perder el control e, incluso, apartar de su lado a quienes se preocupan por su bienestar, como hace gradualmente Amaia con su marido James. Para agravar su situación, cuando este viaja a EE. UU con motivo de la operación quirúrgica de su padre, tiene lugar el asesinato del subinspector Etxaide, en quien Amaia confiaba y cuya mera presencia le proporcionaba tranquilidad en el trabajo. Los anclajes psicológicos que tenía en casa y en el trabajo desaparecen casi al mismo tiempo y, en ese tenso estado emocional, es común dejar de percibir lo que supone un peligro real y lo que no (Dias et al, 2017, p. 98). En el caso de Amaia, su percepción de lo que es real hace tiempo que está comprometida, hasta el punto de estar convencida de haber mantenido una conversación con el agente especial Dupree pese a que “en el registro general de todas las llamadas entrantes y salientes perdidas no encontró ni rastro de la que acababa de mantener con Dupree” (Redondo, 2014, p. 376). Su ansiedad se torna irascibilidad y, tras una filtración que ha puesto sobre aviso a una sospechosa, pierde los papeles y echa la bronca a todos los compañeros de comisaría, por lo que su superior se ve obligado a tomar cartas en el asunto y a reprenderla. En ese momento, la inspectora sabe que se ha extralimitado y que su agresividad verbal está fuera de lugar, por lo que pide disculpas (Redondo, 2014, p. 235). Pero, lo cierto es que, a los síntomas de estrés postraumático anteriormente mencionados ahora se les suma la pérdida de la confianza en aquellos que le rodean, la agresividad e, incluso, la percepción de quizás ella también sea una mala madre (McGarry y Walklate, 2015, p. 35).

La tía Engrasi, consciente de que Amaia está metiéndose en un callejón sin salida, intenta hacerle recapacitar, pero la inspectora sólo ve que debe seguir adelante con su trabajo cueste lo que cueste, pues ella se hizo policía para “abrir puertas, tía. Derribaré muros y cegaré pozos hasta que encuentre la verdad” (Redondo, 2014, p. 203). Ante la ceguera de su sobrina, Engrasi le responde que “—Das por sentado que tras las puertas cerradas se encuentran la luz y la verdad. ¿Qué pasará si la puerta que abres es la del caos y las tinieblas?” (Redondo, 2014, p. 203), y eso es lo que realmente sucede. A cada paso que da en la investigación, más caos y tinieblas sobre su propio pasado se genera y menos luz respecto a quién está detrás de todos los crímenes se ve. Amaia no se encuentra en condiciones de sacar adelante ni la investigación ni su vida personal. Irascible, depresiva, ofuscada e incapaz de

² Figuras de la mitología vasca con cuerpo de mujer y pies de ánade.

valorar los riesgos reales, acaba en brazos del juez Marquina, quien resulta ser el líder de la secta y el cerebro detrás de todos los crímenes.

Según Ros McGarry y Sandra Walklate, uno de los mayores problemas a los que se puede enfrentar una víctima de maltrato es la falta de reconocimiento del trauma sufrido. Se trata de un proceso complejo que precisa de que las víctimas se sientan reconocidas como individuos capaces de tomar decisiones, si bien, al mismo tiempo, saben que se las ha convertido en objetos, pues se les han negado opciones. Para las expertas en victimología, lo que las víctimas quieren que se reconozca es este último aspecto de sus experiencias: que otros las han lastimado intencionalmente (2015, p. 155). Y Amaia sufre la falta de este reconocimiento intensamente. Su hermana mayor, Flora, niega una y otra vez que su madre hiciera nada malo y, además, culpa a Amaia de que se la hubiera ingresado en un psiquiátrico. Su otra hermana, Ros, pese a que la dejaba meterse en la cama con ella cuando eran pequeñas, tiene bastantes problemas personales y prefiere no abordar el tema. Únicamente su tía Engrasi ha creído y protegido a Amaia desde el principio. Salvo por este reducido reducto de paz, la protagonista se siente víctima desde que tiene uso de razón y, cuanto más avanza la narración, menos parece que vaya a disminuir el trauma pues ni siquiera cuenta con el reconocimiento de sus hermanas, su marido está en otro continente y el compañero en el que se apoyaba ha sido asesinado. Al no poder disfrutar de un diálogo sincero y profundo con ellas que propicie una recuperación de la confianza, la gravedad de su trauma se incrementa y las posibilidades de una reconciliación real con ellas se van alejando (McGarry y Walklate, 2015, p. 156). Cuando parece que Amaia ha tocado fondo, llega un momento en el que su hermana Flora sí reconoce el mal que le infligió su madre y le pide perdón. Sólo a partir de este momento encuentra la inspectora un nuevo asidero para su maltrecha psique, puesto que la percepción de la intención por parte de la víctima es fundamental en cómo experimenta el daño (Green y Pemberton, 2018, p. 89) y, el hecho de que Flora reconozca que el trauma que se le infligió ya supone un pequeño punto de apoyo. A fin de cuentas, Flora no la quiere mal; simplemente trataba de lidiar con sus propios fantasmas a su manera.

A partir de ahí, Amaia puede echar mano de su resiliencia. Una resiliencia que, afirman Walklate (2018) y Green y Pemberton (2018), no se define únicamente en términos de “capacidad de recuperación” -*bouncebackability*-, sino también en tanto en cuanto se es capaz de afectar positivamente un cambio en el futuro, de alcanzar un nuevo sentido de uno mismo (Green y Pemberton, 2018, p. 85). Hacia el final de la trilogía, el apoyo incondicional de la tía Engrasi y el reconocimiento por parte de sus hermanas del maltrato que padeció permiten a la inspectora no sólo aprender a sobrellevar el trauma, sino a adaptarse y renacer más fuerte después del trauma (Green y Pemberton, 2018, p. 85). Sin el anclaje psicológico, sin el reconocimiento y sin la resiliencia, la trilogía del Baztán resultaría únicamente la historia de una serie de víctimas inermes, de crímenes sin castigo ni reconocimiento, a las que se sumaría la propia inspectora Salazar; la víctima escogida desde el primer momento por el líder de la secta.

Conclusiones

La inspectora Amaia Salazar y su equipo cuentan con amplia experiencia profesional para enfrentarse a cualquier tipo de crimen, pero los recuerdos de su traumática infancia, reactivados por la vuelta a su pueblo natal, por los tipos de crímenes investigados y por los tejemanejes de la mente criminal detrás de los mismos, empiezan a minarla psicológicamente y están a punto de hacer que no sólo estos se queden sin resolver, sino que ella misma se sume a la lista de damnificados. En un primer momento Amaia aguanta el envite gracias a que cuenta con dos fuertes anclajes psicológicos: su tía Engrasi y su marido, pero, conforme suceden más crímenes, su red de miedos se ve cada vez más activada hasta provocar su progresivo derrumbe psicológico. En el transcurso de las investigaciones no sólo descubre la magnitud de las acciones de la secta que lleva a cabo rituales satánicos, sino que los crímenes perpetrados guardan estrecha relación con el trauma que ella misma sufrió. Se trata de una

serie de crímenes que, señala Julia Kristeva, resultan especialmente abyectos porque “el crimen premeditado, la muerte solapada, ... aumentan la exhibición de la fragilidad” (1980, p. 11), pues cuánto más se avanza en la investigación de los crímenes, más claro se ve que hay gente poderosa detrás, miembros de la comunidad que debieran ser pilares de la misma, gente poderosa tanto socialmente como en el plano personal.

En la trilogía, como si de un *Übermensch* nietzscheano se tratase, el asesinato o, para ser más concreto, la inducción al mismo, parece ser un privilegio para los elegidos y, siguiendo lo que indican los estudios sobre victimología respecto a la elección de las víctimas, el juez Markina había movido los hilos necesarios para que Amaia se hiciera cargo de los asesinatos y para que su madre escapara del psiquiátrico de modo que se reactivara la red de miedos de la inspectora y provocara una reacción en cadena de todos los peores síntomas del estrés postraumático crónico resultante del maltrato sufrido en su infancia. El juez pone en marcha un juego psicológico que la maltrata una y otra vez, tal vez con la intención de que, al encontrarse asfixiada por su trauma, fuese incapaz de resolver los crímenes, dejando libre a la secta para continuar con sus infanticidios rituales. El estado mental de Amaia es el propio de una persona muy traumatizada (McGarry y Walklate, 2015, p. 44), y, de hecho, llega al punto de perder la confianza en los de su entorno y a mostrarse irascible con todos, haciendo inviable revertir su situación sin ayuda y sin reconocimiento. De no haber sido por sus puntos de anclaje psicológicos, y por el reconocimiento de su pasado traumático por parte de sus hermanas, la capacidad de resiliencia de la inspectora por sí sola habría resultado insuficiente para darle la vuelta a la situación, resolver los crímenes y afectar de manera positiva su futuro.

El caso de la víctima Amaia Salazar sigue por tanto todo el proceso del trastorno por estrés postraumático de principio a fin. Comienza por el maltrato infantil físico y psicológico y el intento de asesinato por parte de su madre y continúa con la no verbalización inicial del mismo y la huida. Prosigue con la reactivación de la red de miedos, el apoyo en algunos anclajes psicológicos, la pérdida de estos y del control de la narrativa del trauma sufrido, la hiperexcitación, el estrés, las pesadillas, la reexperimentación intrusiva y recurrente del evento, los intentos de evitar pensamientos y sentimientos relacionados con el mismo que llegan a resultar extremadamente debilitantes, la pérdida de la confianza en aquellos que le rodean, la agresividad e, incluso, la percepción de quizás ella también sea una mala madre. Y finaliza con el reconocimiento como víctima, la resiliencia y la capacidad de alcanzar un nuevo sentido de uno mismo y de afectar positivamente en su futuro. El caso de la inspectora resulta ser, por tanto, un caso de manual de traumas psicológicos y de victimología.

Agradecimientos: Este trabajo ha sido subvencionado por CIAICO/2022/226 como parte de las Subvenciones para grupos de investigación consolidados. AICO 2023, de la Conselleria de Educación, Universidades y Empleo de la Generalitat Valenciana.

Referencias bibliográficas

- Barandiarán, J. M. (2008). *Mitología vasca* (Ed. J. Caro Baroja). Txertoa.
- Bottoms, B. L. y Davis, S. L. (1997). The Creation of Satanic Ritual Abuse. *The Journal of Social and Clinical and Clinical Psychology*, 16(2), 112-132.
- Caruth, C. (1991). Unclaimed Experience: Trauma and the Possibility of History. *Yale French Studies*, 79, 181-192.
- Cavarero, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Anthropos.
- Cawelti, J. (1976). *Adventure, Mystery and Romance*. University of Chicago Press.

- Craig-Odders, R. (2011). Feminism and Motherhood in the Police Novels of Alicia Giménez Bartlett. En T. Trotman (Ed.), *The Changing Spanish Family. Essays on New Views in Literature, Cinema and Theater* (pp. 75-92). Jefferson, McFarland & Company.
- Davies, P. (2018). Feminist Voices, Gender and Victimization. En S. Walklate (Ed.), *Handbook of Victims and Victimology* (pp. 107-123). Routledge.
- Delgado, M. y Matín López, S. (2019). La violencia contra lo sagrado. Profanación y sacrilegio: una tipología. *Vínculos de Historia*, 8, 171-188. http://dx.doi.org/10.18239/vdh_2019.08.09
- Dias, A., Sales, L., Morena, T. Mota-Cardosoe, R. y Klebera, R. (2017). Child maltreatment, revictimization and Post-Traumatic Stress Disorder among adults in a community sample. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 17(2), 97-106. <https://doi.org/10.1016/j.ijchp.2016.03.003>
- Dilley, K. J. (1998). *Busynodies, Meddlers, and Snoops. The Female hero in Contemporary Women's Mysteries*. Greenwood Press.
- DLE (s.f.) *Diccionario de la Lengua Española*. <https://dle.rae.es/>
- Edkins, J. (2003). *Trauma and the Memory of Politics*. Cambridge University Press
- Enlow, M. B., Englund, M. M. y Egeland, B. (2016). Maternal Childhood Maltreatment History and Child Mental Health: Mechanisms in Intergenerational Effects. *Journal of Clinical Child & Adolescent Psychology*, 47(1), 1-16. <https://doi.org/10.1080/15374416.2016.1144189>
- Fitz-Gibon, K. y Walklate, S. (2018). *Gender, crime and Criminal Justice*. Routledge.
- Goodman, G. S., Quas, J. A. y Ogle, C. M. (2009). Child Maltreatment and Memory. *Annual Review of Psychology*, 61, 325–51.
- Green, S. y Pemberton, A. (2018). “The Impact of Crime: Victimization, Harm and Resilience”. En S. Walklate (Ed.), *Handbook of Victims and Victimology* (pp. 77-102). London: Routledge.
- Hamilton, C. S. (2020). “Crime fiction and trauma”. En J. Allan, J. Gulddal, S. King, A. Pepper (Eds.), *The Routledge Companion to Crime Fiction* (pp. 318-326). London: Routledge.
- Herman, J. L. (2015). *Trauma and Recovery: The Aftermath of Violence- From Domestic Abuse to Political Terror*. New York: Basic Books.
- Johnson, A. y Dawson, M. (2017): *Filicide: An Oxford Bibliography*. Oxford University Press.
- Kristeva, J. (1980). *Poderes de la perversión*. Siglo XXI.
- Losada Soler, E. (2019). De mujeres y pistolas. La revisión de los estereotipos de la novela criminal. *La Maleta de Portbou*, 38, 6- 11.
- McGarry, R. y Walklate, S. (2015). *Victims. Trauma, testimony and justice*. Routledge.
- Ramón García, E. (2022). El guardián invisible: un Procedimiento Policial femenino científico-mitológico. *Hispania. A journal devoted the teaching of Spanish and Portuguese*. 105(1), 121-134. <https://doi.org/10.1353/hpn.2022.0009>
- Redondo, D. (2013a). *El guardián invisible*. Destino.
- Redondo, D. (2013b). *Legado en los huesos*. Destino.
- Redondo, D. (2014). *Ofrenda a la tormenta*. Destino.

- Redondo, D. (2019). *La cara norte del corazón*. Destino.
- Rock, P. (2018). Theoretical Perspectives on Victimization. En S. Walklate (Ed.), *Handbook of Victims and Victimology* (pp. 30-58). Routledge.
- Rothberg, M. (2009). *Multidirectional Memory: Remembering the Holocaust in the Age of Decolonization*. Stanford University Press.
- Tal, K. (1996). *Worlds of Hurt: Reading the Literatures of Trauma*. Cambridge University Press.
- Todorov, T. (1977). The Typology of Detective Fiction. *The Poetics of Prose* (Trad. R. Howard), (pp. 42-52.). Cornell University Press.
- Vachon, D. D., Krueger, R. F., Rogosch, F. A. y Cicchetti, D. (2015). Assessment of the Harmful Psychiatric and Behavioral Effects of Different Forms of Child Maltreatment. *JAMA Psychiatry*, 72(11), 1135-42. doi:10.1001/jamapsychiatry.2015.1792
- van Harmelen, A.-L., de Jong, P. Glashouwer, K. A., Spinhoven, P., Penninx, B. W. J. H. y Elzinga, B. M. (2010). Child abuse and negative explicit and automatic self-associations: The cognitive scars of emotional maltreatment. *Behaviour Research and Therapy*, 48(6), 486-94. <https://doi.org/10.1016/j.brat.2010.02.003>
- Walklate, S. (2018). *Handbook of Victims and Victimology*. Routledge.